

SOBRE LA POSIBILIDAD DE LA HISTORIA

Fernando Toscano, S. I.

LEI en Tácito que los judíos adoraban al asno en el templo de Jerusalén (1), y me dije, inevitablemente: ¡Así se escribe la Historia!

Desde luego, los errores y falsedades que pasan por Historia son suficientes para justificar la vulgarísima exclamación. En el terreno científico hubo quien la tradujo defendiendo un

escepticismo histórico absoluto. A veces, como en el caso del racionalismo decimonónico, basado en sus mismas conjeturas hipercríticas...

Aunque no lleguen a tales extremos, no puede negarse que hoy los hombres gustan de subrayar su enorme desconfianza en el dato histórico. La insuiciencia crítica de muchos autores antiguos, las asombrosas tergiversaciones de la propaganda política moderna, al quedar al fin de manifiesto, explican esa actitud de inseguridad o duda bur-

(1) CORNELIO TÁCITO: *Historias*, libro último.



se de las promesas, lo cual no es malo, si no se hace a costa de otros. Les hemos sometido a todo el supercultivo que nos han permitido. Les hemos prodigado colegios y conferencias, salas de visitas y directores espirituales a granel.

Hasta los más sinceros creímos que la técnica del día era hacer esperar a los de abajo para cultivar el fermento. Esto nos acaparó las fuerzas en un gran frente. Muchas veces tuvimos que estrujar el corazón cuando a nuestra espalda aullaba el dolor de las cárceles, las buhardillas, los fecundos suburbios casi desiertos de evangelio... Por entonces Cristo no vivía en las cuevas. Supimos congelar con mano dura el remordimiento de nuestro absentismo y lo dimos de buena fe. Pero ¿se debieron crucificar aquellos estridentes gritos de justicia y evangelio que se disparaban de las gusaneras de harapientos que nos circundaban, para prodigarnos a todo lujo en los jaleados grupos de la "élite"? Elite, selecto... fué una palabra bivalente y peligrosa.

¿Se puede tranquilizar un brutal grito de la conciencia con planes a largo plazo rezumando sospechosas condescendencias? Pudo ser que sinceramente esperáramos que el perfumado fermento que empacataban nuestras sacristías llegaría a hundirse en la masa olvidada de los desheredados para salvarla. No voy a juzgar el pasado, sino a estrujarle las consecuencias.

...Han pasado muchos años, han pasado muchas cosas. Vamos aprendiendo a fuerza de partirnos la crisma... pero todavía vamos a ser lo suficiente "varones" para hacer una estadística y ver a carne desgarrada cuántos, por ejemplo, de los que agasajamos con nuestros

colegios e Iglesias a competencia, salieron de nuestras aulas o novenas para hundirse en la masa y procurar salvarla.

Aquellas "hordas" (que Dios me perdone la palabra) que le quemaron a Jesús las Iglesias el año 36 ¿no fueron las mismas que se entumecieron haciendo cola inútilmente para que les dieran su pequeña ración de evangelio? En una de esas colas mugrientas en que los pobres luchan por el pan, el carbón y las medicinas desde la mañana helada, en una cola más, esperaron inútilmente que se les diera algo de justicia y catecismo.

Fué un fracaso la técnica apostólica por muchos de nosotros empleada. Aquel fermento y aquella masa, sobre los que tanto habíamos planeado y soñado, estaban ya separados el año 1936 por el abismo horrendo de unas trincheras. Social y religiosamente seguían siendo en gran parte, dos clases distintas, como en los primeros días del cristianismo. Pero se habían cambiado de signos. Las clases pobres habían renegado de Cristo, las clases elevadas le defendían y amaban.

Algo debe seguir mal. Yo no me conformo con aceptar los hechos, porque temo seriamente que, si el 36 se empeña en repetirse, a Cristo le volverán a quemar las Iglesias, le crucificarán, sus amigos de otros tiempos, los pescadores y carpinteros de Galilea; Pedro, Juan, Andrés, Felipe...

...Y yo ante este fenómeno contradictorio, producido en dos tiempos por el mismo evangelio, me quedo intranquilo y sugiero revisar y arriesgar.

Me cuesta trabajo aceptar que matarán la Iglesia los que murieron por hacerla nacer.

lona sobre los criterios que parecían más seguros. Se acoge con reservas hasta un hecho bien determinado o casi evidente, no siempre por el mismo hecho, sino por el autor que lo narra, o quizás porque en vez de exponerse en forma descarnada, circunscrito en los propios límites de su facticidad, es presentado con la envoltura temeraria de una interpretación.

En ésto no se transige. Armado de su personal filosofía, el hombre recibe prejugado el juicio ajeno y, salvo excepciones, sólo acepta la aportación que le confirme en su sentir; o bien afianza su posición de duda resolviendo que no tiene medios para averiguar la verdad. En historia, como en todo, el método resulta nefasto y distinto en absoluto del sano espíritu de análisis que constituye su mismo fundamento. De ahí que importa mucho al hombre y al cristiano inquirir en las garantías de las ciencias históricas y en el sentido genético y teleológico del acontecer humano (2). La Historia es propia del ser libre, pero transido de providencia y configurado por una realidad que le ha sido dada por su Creador con su misma existencia. Es una "palabra sucesiva que Dios habla a los hombres" que importa en extremo descifrar y leer y utilizar.

La historia, realidad humana

En primer lugar, en orden a esclarecer el valor de la historia, urge salir por los fueros de toda *historia humana* auténtica, dado que la *cristiana* misma no tiene bases científicas contrarias a las de aquella. Historiar supone una reflexión sobre el pasado humano, la búsqueda de una visión más amplia y más clara de la misma situación pre-

sente y del porvenir (3). El hombre, como no puede renunciar a vivir, así tampoco puede renunciar a la historia: ésta le acompaña como su sombra misma. Y podría decirse que a cada persona le está mejor vinculada que la propia sombra, porque conserva la memoria y la virtualidad de sus actos cuando el hombre ha desaparecido. Por otra parte, si todos los hombres están en el tiempo y éste es como alvéolo de la historia, cualquiera podría expresar su inmersión en este acontecer vital, con un remedo del clásico: "Hombre soy y nada histórico me es ajeno".

El cristiano es un hombre, y no hay aquí ninguna paradoja y menos una afirmación superficial. Su incardinación en la vida y en la tierra le hace doble sujeto —también, en otro sentido, objeto— de unas coordenadas externas muy concretas. El cristiano nace en Cristo, ser histórico por excelencia, para el cual precisamente se ha hecho la historia. Y, hasta que el hombre cristiano no culmine el tiempo de su vida en la eternidad que es sólo Vida, ha de usar de su libertad y debe servirse de su conocer histórico para iluminar su situación y cumplir su deber. La historia humana será siempre auxilio de su fe, foco que alumbrará su camino y su caminar, que es como decir: la condición del pueblo en que se entraña y el sentido de sus actos morales.

En todo caso, como ya enseñó SAN AGUSTIN (4), la razón con fe halla en la historia un maravilloso conocer humanodivino, la epopeya de las Dos Ciudades en su constante pelear, salvarse o sucumbir.

(3) «En la *existencia* del presente hay una *persistencia* de lo histórico y como una *instanci*a hacia el futuro» (ANTONIO MILLAN PUELLES: *Ontología de la existencia histórica*, Madrid 1951, p. 38).

(2) El interés actual de la historia lo estudia VALENTIN VAZQUEZ DE PRADA: *La histo-*

Las garantías del conocer histórico

El cristiano, como todo hombre, ha de aceptar la realidad histórica y no puede desconocer las garantías de una ciencia objetiva y posible. La certeza crítica de una noticia histórica la adquiere fundamentalmente por los métodos y reglas humanas que el ingenio de los mejores ha descubierto y elaborado a través de los siglos. Los sentidos naturales están capacitados para esta labor de selección, para reunir en la bolsa de sus experiencias los instrumentos y las leyes de su progreso racional, conforme a la potencia infundida a la criatura por Dios.

Comprueba esta doctrina las realidades del conocer contemporáneo, por encima de parciales errores cuya ocasión histórica también explica la historiología. La rigurosa crítica de los hechos, el descubrimiento de los restos del pasado, la confrontación discernida de fuentes y textos, el análisis de los laboratorios, las localizaciones, los cálculos cronológicos, la pervivencia de tradiciones y de tipos humanos, la penetración cordial en las culturas y mentalidades, han conseguido ofrecer las líneas seguras de una cosmovisión, y acercaron el pretérito hasta el contacto con la actualidad. Una requisitoria apremiante obliga a todas las ciencias; hacen acto de presencia ante el historiador, que las emplea como un químico en su laboratorio, hasta obtener el resultado conjunto de sus experimentos. Esta depuración del producto de los mil conocimientos parciales suministra apodícticamente el dato inicial de toda construcción histórica. Los métodos se reducen a fórmulas sensatas y fijas: examinar, comparar, sopesar. Cuanto repugne a la naturaleza de las cosas debe rechazarse sin compasión; de los hechos ciertos cabe todavía un examen pormenorizado, un estudio de su intimidad y de sus circunstancias, para recoger luego toda su fuerza y su sentido.

●

«Existe igualmente un falso historicismo, que se atiene sólo a los acontecimientos de la vida humana, y, tanto en el campo de la filosofía como en el de los dogmas cristianos, destruye los fundamentos de toda verdad y ley absoluta».

Pio XII, *Humani generis*
(1950)

●

dictorio, o remover posos ignorados, o completar y confirmar lo adquirido. Al final de toda esta labor esperan las auténticas pruebas, las iluminaciones, los argumentos de convergencia, la evidencia misma.

Con tales presupuestos no puede sostenerse un escepticismo serio. Recusar testigos oculares y aptos, deducciones de la razón, confluencia de indicios, equivaldría a encerrarse en la negación de toda capacidad mental y física de conocer. Pero la confianza en sí mismo y en los demás, aparte de que es irrenunciable, ya se ha dicho que es la primera condición de la dignidad común. Mirar el estado presente de la investigación supone afirmar la fe en la eficacia de las facultades humanas.

En realidad, ningún hecho verdaderamente notable para la historia del mundo ocurrido en muchos milenios es desconocido por la ciencia histórica contemporánea, al menos en sus características fundamentales o en sus consecuencias más importantes. Y existen años enteros de un pasado remoto que han sido rehechos casi día a día, con sucesos, nombres y, lo que es tan difícil, con los pensamientos y pasiones que agitaron las almas.

La interpretación de los hechos históricos

Conviene insistir en ese último extremo, porque se relaciona con el conocer llamado interpretativo. Ciertamente, el íntimo móvil de muchas acciones, como la conexión de éstas en un orbe de moralidad, o en un desarrollo causal algo extenso, es tarea difícil en historia. Pero no inaccesible al competente historiador, que ha de abordarla y establecer sus conclusiones por la definición misma de su oficio. Le envuelven las dificultades intrínsecas al problema, el peligro de las afirmaciones subjetivas, que pocos logran esquivar. Pero es preciso decir que el éxito también se obtiene, en lo esencial, por-

leyes del proceder humano son conocidas y se apoyan en la permanente naturaleza del hombre. Las certezas de sus reacciones morales, y principalmente de sus movimientos colectivos, se adquiere, después de calibradas todas las circunstancias, con fuerza suficiente para un juicio prudencial y sereno, en completo acuerdo con los datos positivos que se manejan.

Por lo demás, el buen historiador ha de basar su juicio en la observación y en la experiencia, que no impide, sino más bien supone, una cierta intuición para penetrar y descubrir la etiología de los hechos. Aunque sea como dice Haecker: con un presentimiento oscuro de poeta o de vidente (5). Si la concepción erudita, rígidamente crítica, de la historia ha de ceder a un pensamiento más clásico, dinámico y trascendente, la dimensión espiritual que tienen los sucesos facilita su captación compleja y dramática, propia del alma bien dotada del humanista. Desde otra perspectiva, el verdadero historiador conoce además las incógnitas y la limitación humana y cuenta con ellas cuando suspende su juicio y respeta el misterio.

Aquí se tocan las fronteras de un saber superior. La revelación sobrenatural queda abierta, con sus inmensas realidades (6). Pero trato ahora más bien de sus preámbulos, de purificar las

(5) THEODOR HAECKER: *El cristiano y la historia, trad. españ.* Madrid 1954, p. 104.

(6) La revelación divina proporciona una dimensión atemporal, una metahistoria, no en oposición a la situación y al conocer humano, sino como ensanche y dignificación del mismo. La teología injerta en el árbol de la ciencia un saber que produce frutos insospechados. El historiador, que se sirve del testimonio como apoyo ordinario de su labor, encuentra en Dios fidedigno un océano de aguas purísimas que permite singladuras y exploraciones extraordinarias. La historia, que corrobora muchos asertos teológicos, se enriquece así con luces incomparablemente mejores. La interdependencia no se usa en una metodología de iniciación, pero es real y consoladora. *Intellige, ut credas; crede, ut intelligas.* S. AGUSTIN,

fuentes y abrir caminos para el conocer humano como tal.

Si la historia la hace el hombre con su voluntad, ni ella misma ni el sentido de sus hechos pueden ser siempre forzados y permanecer recónditos. Hay en la historia —en el suceder humano y en el arte literario de escribirlo— una entidad racional y ética insoslayable que muestra su reflejo más auténtico por encima de historicismos e historietas. Rechazar la falsía y aquilatar su conocer histórico es misión de todo hombre

cristiano. Vale tanto como procurarse una visión positiva de la misma existencia, lejos de relativismos liberales, fuera de la tiranía marxista de los esquemas económicos o del encadenamiento fatal (7). Es reconocer la humildad y la grandeza a un tiempo de la naturaleza humana, creada y sostenida por Dios.

(7) Cfr. GEORGE USCATESCU: *Tiranía y negación de la historia* (O crece o muere, 1955).

